

## VISTO Y OIDO ★ Un Llamador Salvavidas ★ por PREMIANI



**LOS CHARRÚAS**  
FUERON LOS ÚNICOS INDIOS AMERICANOS  
QUE LOS MISIONEROS  
NO LOGRARON CONVERTIR AL  
CRISTIANISMO.



En TUNEZ hay una **CASA** de  
CEMENTO ARMADO INCLINADA.  
Los CIMIENTOS HAN CEDIDO SIN QUE  
SE AGRIETASEN LAS PAREDES.



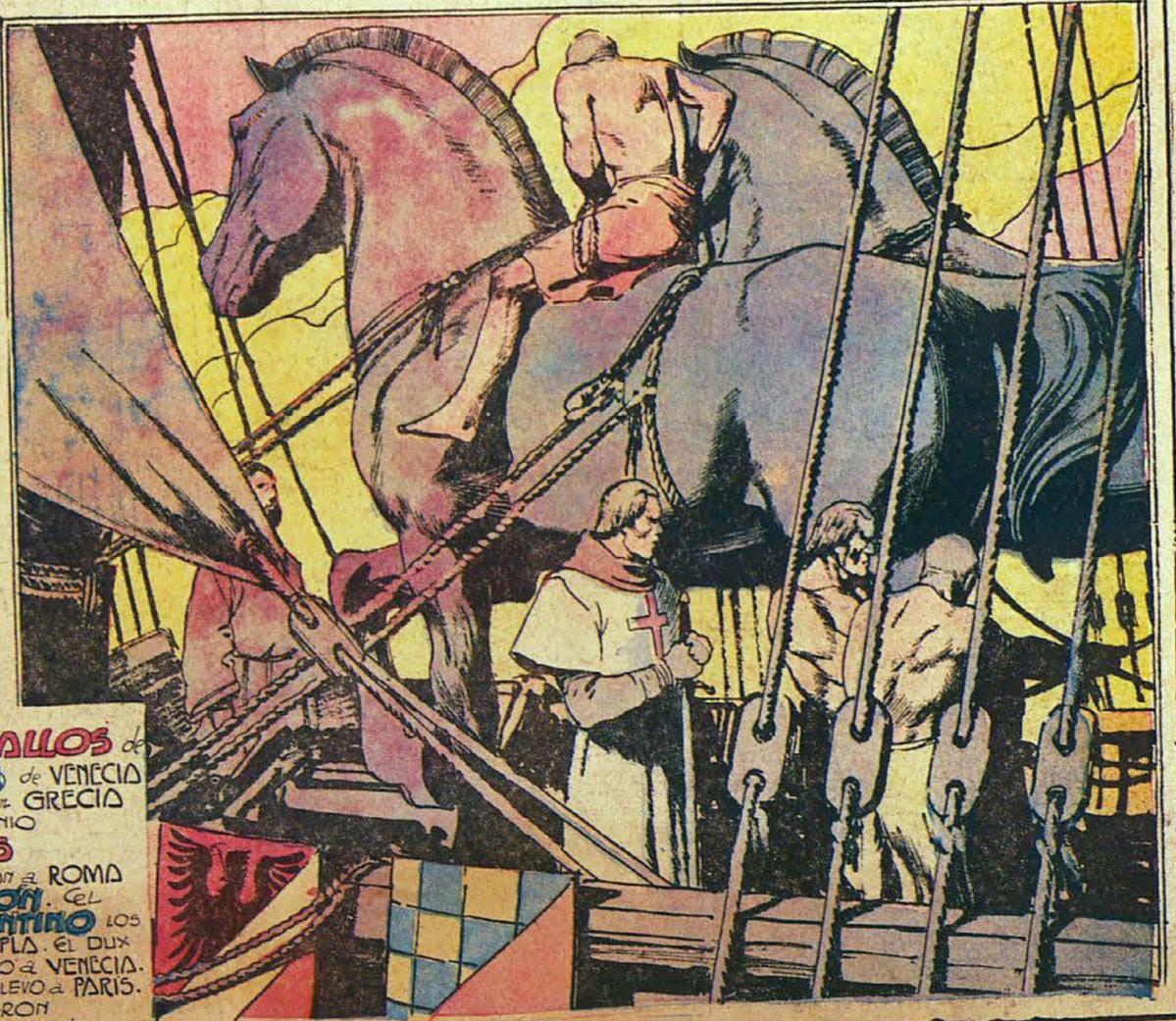
En la CATEDRAL de DURHAM (INGLATERRA)  
hay un **ALDABÓN** donde los  
CRIMINALES al AGARRARSE de EL  
ESTABAN a SALIR. OBLIGADOS a SALIR  
del PAÍS, DEBIAN LLEVAR HASTA LA  
FRONTERA una PESADA CRUZ de  
MADERA.

El PROFESOR  
**JOHANNSEN** de  
COPENHAGUE, DESCUBRIÓ  
QUE LOS **ANESTÉSICOS**  
ACTIVAN EXTRAORDINARIA-  
MENTE el CRECIMIENTO de  
las **PLANTAS**.



Los TAMOSOS **CABALLOS** de  
**SAN MARCOS** de VENECIA  
FUERON ESCULPIDOS en GRECIA  
por CUENTA del REY ARMENIO

**TIRIDATES**  
De ARMENIA PASARON a ROMA  
COMO REGALO a **NERÓN**. EL  
EMPERADOR **CONSTANTINO** LOS  
LLEVO a CONSTANTINOPLA. EL DUX  
**DANDOLO** LOS LLEVO a VENECIA.  
**NAPOLEÓN** SE LOS LLEVO a PARÍS.  
En el SIGLO XIX FUERON  
DEVUELTOS a DONDE ESTÁN.



# UN NAVIO CARGADO DE PALABRAS

**A** entrar, las vivas florecillas le salieron al encuentro, y en seguida sus palabras. El había creído necesario decirle que si no hubiese venido tampoco estaría arrepentido de haberlo pedido.

Ella lo miró risueña. "Para comenzar daban lo mismo esas o parecidas palabras".

En aquella habitación se oía su primera cal, como si en ella nada hubiese sucedido. Era extraño.

—¿Quieres que descorra? La vista es horrible.

—Ahora —pidió— díjeme ver... Poca luz.

—Ya se sabe —respondió. Creía que debía adoptar una actitud irónica. Y mientras se inclinaba sobre la boca de la pecera "¿Le amo, acaso?", se preguntó.

—¿Va usted a quedarse con los guantes?

Ella se rió y se quitó el sombrero. Como de un oscuro frasco destanado se expandió el perfume suave, compacto, caliente. Andrade respiró. Quería, no obstante, no perder de vista su incredulidad. "Hum!... Había venido, sí... No bastaba... A ciertas mujeres — recordaba su aire de la tarde anterior — el público, el celestinaje, de la gente reunida las enterece..."

Una exclamación suya le interrumpió.

—¿Y esto?

Había estado curioseando en la habitación: antiguos olores, fondos desvanecidos de los espejos, voces extraviadas, lo indefinible, la muda presencia, la última de las últimas sonrisas...

Andrade se acercó. Detrás de unos libros había una botella de un verde amarillento. Turbado, dijo:

—Acetunas.

Rió estrepitosamente. Refa, refa. Quería poner un comentario de gran hilaridad, pero una extraña indiferencia — y estaba sonrosada por el esfuerzo — apareció como fondo de su risa. Sintió como un hallazgo cualquiera, no más, podía desviarla. Espió en el rostro de él: también él acababa de recibir esa sensación. Sólo como un escalofrío inexplicable.

Andrade optó por abrir el frasco.

—¿Quieres?

Ella mostró abierta su mano, en la que, como en ninguna otra parte de su cuerpo, había detenido el tiempo. Pero aquel gesto la rejuvenecía extraordinariamente.

—Pocas, pocas — y sus dientes mordieron, sin coquetaría, la carne verde.

El, por decir algo, preguntó si estaban saladas.

Un pensamiento malicioso aleteó en sus pestañas:

—¿Debería usted saberlo?

Andrade probó una, blanda, insípida. No dejaba de observarla. Pensó en su mujer, en que había sido precisamente ella la que con su insistencia... Se trataba de un recital y él se negaba a acompañarla, "ente al espejo, se colocaba por tercera vez el sombrero, él hacía gestos vagos. Al fin le dijo que no se creía imprescindible.

Su mujer, hija de un profesor de cierto renombre, conservaba aun esa afición a peinarse mostrando la mitad de la oreja, propia de las hijas de pedaceros, aun cuando en lo demás, hacia tiempo que había olvidado a su lustrado padre.

Con un corazón impotente, incapaz de ningún desequilibrio, la casualidad había dotado a su piel de una tonalidad acentuadamente carnal. Sus ojos oscuros, eran muy rasgados, y su mirada poseía un poder sin brillo, indeseable.



instinto de mujer le empujaba a armar las palabras con apariencia de algo. El nada veía. Siempre acabará pensando lo mismo — murmuró con acento conciliador.

—No — se dijo depositándolo en el cenicero — no le amo... Pero ya estaban ahí. Sentían sus dedos la excesiva tosquedad del tejido que revestía el diván, una manta norteña con florecillas de un vivo primitivismo, prado ingenuo, florido. Contó mentalmente: "un año, dos... tres". Se acordó de una muchacha que había conocido en cierta ocasión. Era rubia, seductora, sin pestañas, y solía decir que sólo le bastaba, él levantarse, por la mañana, una ducha, para sentirse pura.

Sentía una ligera excitación. La verdad, una de las tantas verdades, ahora estaba empeñada en realizar un buen casamiento. ¿Por qué no? Resulta muy difícil olvidarse que alguna vez se ha participado en una fiesta de final de año familiar... No, no podía mirarle sin pensar en su mujer, mostrando como pendientes sin brillo, los lóbulos de las orejas por debajo del peinado. ¿Por qué se había casado con ella? Probó otra aceituna. Resultaba cómico el estar comiendo aceitunas que estaban, por lo demás, muy blandas y desustanciadas.

Al volverse con la fruta entre los dedos, se encontró con él inclinado, abrazándole los muslos. No la dejó caer. No se resistió. Su sangre se reanimó, y en seguida, sintió como esa misma sangre se alejaba.

—Andrade — dijo con dulzura.

—¿Ah! quería continuar su juego... Debía decirlo. El ya estaba en el límite y puesto que no parecía entenderlo... Ella le debía su alegría...

Ella se sonreía. Había dilapidado su alegría, su arco como una boca, sus pupilas dobles, su cinta que nunca se anuda. Estaba ciego, ciego.

—No se quede si — dijo al cabo.

Andrade fué a aplastar con su frente los pliegues del visillo crema. Lo miró. ¿Debía decirle agradecerle a su propia mujer, cuya teñida vitalidad se consumía. Integra, en la elección de un motivo decorativo para las paredes? Ambos se sentían aislados, pero sus corazones eran una cosa insatisfecha, sincera a pesar de todo. Ella, por su parte, creía conocer el muro de aquel sentimiento; se apoyaba en el deseo.

Irma se preguntó si importaba que ese y no otro, fuese el camino. Era triste, con el sabor del azucarado jugo que pueda extraerse de una planta añagá.

Inclinada sobre la pecera, sumergió un dedo en el líquido, agitando el agua vibró en ciegos círculos de escamas.

Ocultaba, hipocritamente, su desamor por los débiles animalitos, por la flor en su rama, su deseo de amor.

—Lo enloquece — acabó por decir él, que la estaba observando con el ojo sombrío del entrecejo.

Lo dejó en paz. Fué a sentarse sobre las florecillas como si estuviese delante de la cámara fotográfica. Instantes después, las florecillas, estrujadas, oyeron:

—Escúcheme, escúcheme.

—Irma...

—Sí, sí... pero después no lo veré nunca más.

Suspense, libre en su transparente vivienda, el pez sonreía con oblicua sonrisa. "Ahora te toca a tí", parecía decir.

—Escúcheme, es necesario que me vaya. Estaba consternada, lamentable. Asomaba la raíz ignorada de su alma deseosa de



la tregua atmosférica. Arriba, en los balcones, los helechos se peñaban bajo el agua. Por la acera las gentes que iban eran envidiables. Cuando llegaron, su mujer tuvo que decirle.

Entraron.

(Porque la tumba siempre comprenderá al poeta). La recitadora era alta, huesuda, bella, bella como a pesar de sí misma. Con los hombros inmóviles dejaba resbalar las palabras sobre su largo cuerpo, que se hacía más largo a partir de las caderas hacia abajo.

Halló que "no estaba mal". Mientras tanto Helena se abrió paso entre los que se habían quedado de pie.

En las eternas noches del insomnio cautiva te dirá: ¿Qué has logrado cortésana incompleta con cerrar tus ojos a todo sufrimiento?

En efecto, planeaba su desmesurada anatomía en la recitación como en un descanso, y no muerto. Se sentía vivir la vida de las palabras, cintas ora sombrías, ora resplandecientes, enlazadas sobre su busto caído como una dalia. "Si... escuchó:

Yo te quiero contar; oh muelle encantador! las bellezas distintas que tu cuerpo atesora... había algo en ella que sufrir."

Cuando pasas moviendo tu falda amplia y flotante pareces un hermoso navío resonante que avanza dando el lienzo al viento según un ritmo dulce y pereoso y lento.

Era magnífica. Su voz cálida y plena, untada de feminidad espesa y al mismo tiempo con cierto retardatismo infantil, venía de un fondo frío, frío en absoluto, imposible. Esto se percibía de un modo indefinible, como un malestar, como un misterioso atractivo más. ¿Por qué decía los versos? ¿Esa ardiente voz sin ardor, trataba de vencer, vencerse a sí misma? ¿Deseaba ser la otra mujer de su acento, o en lo hondo, estaba tranquila, conforme con su magistral postura con sus terribles timbres?

Cuando pasas moviendo tu falda amplia y flotante pareces un hermoso navío vacilante que avanza dando el lienzo al viento según un ritmo dulce y pereoso y lento.

Y ella era también como un navío, alto negro, cargado de palabras.

Sonaron aplausos. Tibios, como una borla de polvos sonrosaron su escote, que en seguida recobró su lisa opacidad. Saludó y desapareció entre los cortinados.

Hubo un poco más de luz, la suficiente para que él se encontrase con unos ojos que ya, en la oscuridad, le habían visto.

Irma llevaba un vestido del color rosa viejo de uno de los sillones de la habitación donde le recibía. Sintió el espolozco de aquel muelle que aun no había sido testigo. Estaba sola. Había ido por él, no lo dudó. Ella conocía la tontería de Helena, su deseo de estar, en el transcurso de una tarde, en dos sitios distintos a la vez.

—¿No es esa Irma Llanos? — preguntó a su mujer. Había querido tan sólo nombrarla, acercarla a sí mismo de ese modo, pero a su mujer la absorbió hasta el padecimiento la algodonosa escaramuza social, y en ese mismo instante, estaba empeñada en identificar un rostro que ya había creído ver en otra parte un día que hacía calor. "Y había una señora con un vestido con grandes anémonas violáceas, estampadas".

De nuevo se apagaron las luces.

Otra vez frente a aquel público ávido y maldiciente, la recitadora cayó en ser inmovilidad como en una desnudez intocable, o como si sólo de este modo pudiese su alma realizar su labor de rescate.

Andrade desdobló la cartulina:

Te adoro como adoro la bóveda nocturna

Quisieras ver al mundo morir en tu calleja con sus ondulaciones de velos nacarados

La Giganta.

Y como final:

El Albatros.

Perfecta, comenzó:

Te adoro como adoro la bóveda nocturna

Hacia calor. Se sentía, sobre todo, la temperatura creciente de los senos femeninos; a los que la calefacción iba a buscar en sus negros estuches, se sentía pesar la vida redonda y tibia, escatimada por esa flaca elegancia que sólo admite el brillo de las perlas.

Escuchaba distraído. Unos asientos más adelante, la oscuridad no lograba apagar la encendida espalda cuyos latidos creía percibir. Si, había venido por él. No quería obscurarse. Pensó que la mujer, su presencia balsámica, debería ser como la lluvia que afloja los miembros. Lastimado, lastimado. Sonrió. Tenía a su derecha a un señor y de vez en cuando le oía decir, en voz baja, "Maravilloso", "Maravilloso". Tan immanente, tan femenino, que envidia los versos. Debía ser un hombre de fortuna. Su rostro, como sus zapatos, habían envejecido sin gastarse, y se le veía respirar por esas palabras un hilito de vida inútil, un estéril fervor. La dama que lo acompañaba mostraba, por debajo de la pintura, los labios blancos como la carne de los langostinos. Una flor extraña, trapo retorcido, refinado, en su pecho, era el toque, su sello, su estilo inabizable.

Andrade sintió recrudescer su deseo. Veía su espalda, los hombros un poco caídos, el pliegue más acentuado de los brazos. En ella podría estar el otro sabor de la vida. Era una mujer distinta, con algo de alentador siempre en su presencia.

La gente marinera con crueldad salvaje.

Se oyeron los versos finales. Unas señoras, de pie, se daban con una mano, entusiastas golpecitos en la otra. La recitadora recogió el enguantado rumor. Sonreía, y su sonrisa hacia recordar la de una sorda que no acabase de oír del todo a su alrededor, y no lo confesase nunca.

Helena quiso irse en seguida, pero la salida se desenvolvió con pesada y correcta lentitud. Parecía que se aguardaba algo, algo más. Su mujer, encima, conocía a mucha gente. Andrade la observó. Estaba sorprendido: de su cara había sido arrancada la película tersa, morena e insensible. Sobresalían, demacrados, sus anchos pómulos y los dos pálidos puntos rosas asomando por debajo de los cabellos parecían expresar lo viviente, lo inconfesado escondido en ella.

Le preguntó qué le sucedía. Ella sacó su polvera y se miró en el espejo.

—Ha sido un poco monótono, ¿no?

—Hum!... Había entrado en la sala con un deseo tan apremiante de... Baudelaire. ¿Esperaría "también" ver a alguien? Andrade sintió una vaga inquietud.

Tuvieron que detenerse. De tanto en tanto, al inclinarse para estrechar alguna mano, veía con el raballo del ojo cómo la otra acortaba el paso. En el salón, semivariado ya, su presencia solitaria tenía un aire indeciso, adolecente, y al mismo tiempo astuto.

Como empujado, dijo a su mujer que lo aguardase, y sin darle tiempo a responder, se apartó.

Irma, que le veía llegar, saludó a Helena por encima de su hombro. La respuesta fué tan maquina que, como momentos antes él, ella también dudó. ¿No se habría equivocado al juzgarla? "De pronto — pensó — estas hijas de idealistas que de niñas, un día en que las dejaron solas en la casa, descubrieron, acercando un fósforo al revés de un platillo, cómo se obtiene "humo" por los ojos...". Tenía a Andrade enfrente. El se inclinó y le habló de unos dibujos, croquis de muebles para la nueva casa, etc., etc., que ella debía ver.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Lo siento, pero no puedo ir — dijo ella. El la saludó y se fué.

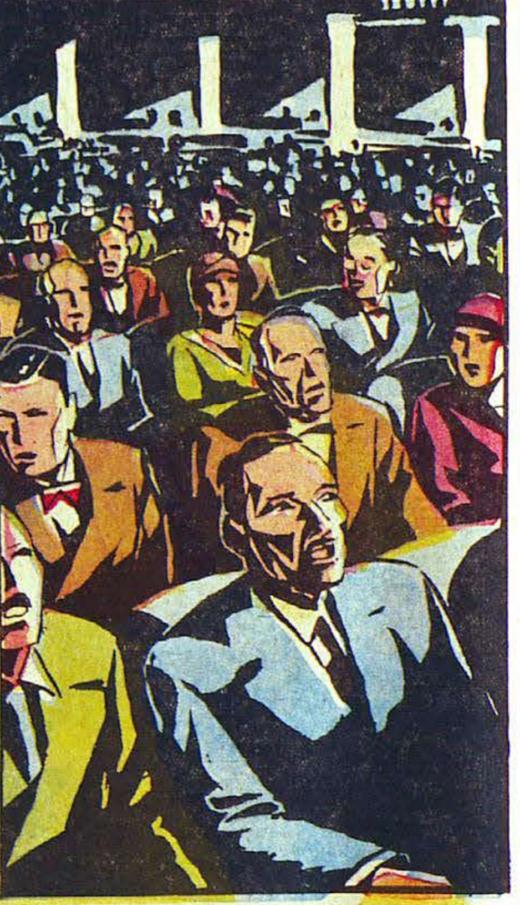
Les había quedado a ambos entre medio la lluvia de toda la noche.

—Le dije que no vendría — explicaba Irma reuniendo los huesecillos descarnados — pero temí que si cumplía, luego usted no lo haría.

—Se equivoca.

Ella se permitía dudar:

—¿Qué pensaría de usted, eh? Era falso el sonido, pero su



Así, había colgado en su sala pinturas de perfiles cálidos, desnudos como frutas, especulando. En cuanto a sus amigas, sólo les exigía que en presencia de su marido, le diesen la razón en todo.

Sin volverse, ella repuso:

—No, no lo eres, ¿qué vas a serlo? pero quiero que me acompañes.

"Aquellos pasaría de una hora. ¡Qué fastidio! El salón sin luces, sin molduras, sin cuadros, las mujeres de sonrisas de "vernisage". Los hombres, bueno, los hombres..."

Irma Llanos, a la que desde hacía medio año gustaba encontrar en todas partes, no iría, por lo tanto, seguro de no hallarla, maldito si le quedaban al hombre pocos de ser.

—Esa señorita me resulta atroz — refunfuñó. — Debe calzar por lo menos el número cuarenta.

Helena, imperturbable, volvió a quitarse el sombrero:

—Pero recita admirablemente y no se le ven los pies.

Hasta aquí. Comprendió su inutilidad, distinguió como pocos los giros del diálogo conyugal y lo importante que era acatar, dejar indemne el amor propio, que los matices no pasasen de ser mates.

—¿A qué hora comienza? — preguntó resignado.

Ella indicó, con un gesto, la mesa. Leyó en la cartulina de ajados bordes:

—Les seis. Llegaremos tarde.

Helena se había colocado frente a la luz.

—No importa. No va a recitar más que a Baudelaire.

Aguardó pacientemente. Luego Helena atendió a una amiga que la llamaba al teléfono. Al fin, salieron.

Llovía. Luces cobrizas, hirones del frustrado crepúsculo se enredaban al agua. Andrade olfateó el aire. "Daban ganas de irse andando".

—Claro, en cuanto sientes el agua... cómo Helena me tiende en el interior del automóvil que él hizo detener.

Su marido la interrumpió:

—¿Qué, si yo me siento muy bien! — y estiró las piernas. Después, sólo pidió que durante el trayecto no crujiere sus articulaciones al influjo de la humedad. Su reuma provocaba el malhumor de su mujer que, en los días lluviosos, encontraba que los transeúntes oían "caldo de gallinas".

Iban por Callao. Pasaron la plaza, sombra verdoza traspasada por la lluvia rápidamente. Descendían hacia Santa Fe. Una luz amarilla salía de los portales aristocráticos.

—¿Cuándo verás al arquitecto?

Estaban haciéndose una casa para irse a vivir, con jardín al costado, jardín en el que nunca crecerían los pensamientos y los alieles. Respondió que últimamente no lo veía. ¿Cuántos contratiempos! Por teléfono acababan de preguntarle que para cuándo la casa, que si se había interrumpido la obra, que si los tiempos actuales, etc., etc.,

Andrade refa. Arrellenado en la penumbra, gozaba silencioso,

POR  
**LUISA SOFOVICH**  
Ilustración de Sorazábal

# Cuenta un Cazador de Osos:

PARA experimentar fuertes emociones, los ricos cazadores van al África, o a las Indias a cazar leones, tigres o paquidermos. Pero, a decir verdad, la mayoría de estas cacerías, comprendida la del tigre, degeneran frecuentemente en matanzas de animales puestos en estado de flagrante inferioridad. En efecto, el hecho de matar un tigre, si el cazador se embosca sobre un árbol o monta en un elefante, no representa una gran hazaña.

Sin embargo, en Europa, donde todas las grandes bestias han desaparecido desde la antigüedad, queda aún el oso pardo, cuya caza hace experimentar emociones superiores a la de las fieras de los países cálidos.

No obstante su pesadez y su aparente inhabilidad, el oso es extremadamente diestro. Su marcha habitual es lánguida, pero corre con una rapidez sorprendente, nada a la perfección, se mantiene bastante bien sobre sus patas posteriores y trepa a los árboles como un gato. Sus dientes son formidables, pero son sobre todo sus patas delanteras, que usa como brazos, las que constituyen la más temible amenaza para un cazador poco hábil o de mala suerte. Estas patas, armadas de garras enormes y accionadas por músculos extraordinariamente potentes, son palancas a las que ningún ser viviente puede resistir. Un buen golpe de un oso de más de 200 kilos sobre el cráneo de un hombre, basta para reducirlo a una papilla; un esfuerzo más sostenido del oso le abriría el cuerpo en dos.

Apresurémonos, sin embargo, a rebatir todas las calumnias que se han difundido acerca de su carácter. A pesar de su fuerza temible, el oso es un animal pacífico y dulce. No sólo no busca molestar al hombre, sino que, aun encontrando ocasionalmente en el bosque, no ataca jamás sin provocación. Sin embargo su caza es muy peligrosa,

porque, siendo naturalmente intrépido y estando seguro de su fuerza, sabe no solamente defenderse bien, sino vengarse, y, cuando se le acosa de cerca, está siempre más inclinado a cargar que el tigre. La hembra que tiene cachorros ataca siempre al cazador.

Además, en razón de la inteligencia del oso y de la naturaleza de los lugares donde se desarrolla habitualmente la caza, el hombre y su adversario se encuentran desorientados. El primero tiene entre las muros un fusil de largo alcance, pero no puede ver y tirar a una distancia de más de 3 a 5 metros. Si la profundidad de la nieve molesta la marcha del oso más que a la del cazador, éste, en cambio, tiene en su contra la densidad del bosque y los árboles caídos que impedirán también su marcha. Agregad el frío que entumece las manos y hace lagrimear los ojos, el peso de los vestidos, que paraliza o torna lentos los movimientos, y os daréis cuenta que el tiro al oso no es de ninguna manera un sport reposado.

De todos los sentidos, el olfato y el oído son los más desarrollados en este plantigrado; intercepta de muy lejos cualquier ruido insólito. Experiencias hechas por los naturalistas, prueban que un oso percibe a cerca de cien metros el ruido de una minúscula rama rota, cuyo diámetro iguala apenas al de un lápiz común. Se comprende, por tanto, que no hay más probabilidades de acercarse a un oso que de ganar el premio grande en la lotería. Por esta razón no se caza al oso más que en el invierno, cuando no se mueven de sus madrigueras.

En efecto, todos los osos se retiran a sus madrigueras en la época de la primera nevada, es decir, de octubre a noviembre, según la región o la precocidad del invierno. Osos jóvenes, poco experimentados, buscan su refugio después de una nevada y al dejar las huellas de su paso pagan generalmente su imprudencia con la vida. Pero los osos grandes, sobre todo los más viejos, se instalan antes de que la nevada haya caído y no dejan huellas, lo que prueba una vez más la perspicacia de este animal. Si el oso no es molestado por un hombre, se quedará en su sitio hasta el deshielo de la primavera. El oso es, por otra

Las madrigueras son ordinariamente de tres clases. Tal oso se instalará bajo un árbol caído al suelo por una tempestad, entre el tronco y el grupo de raíces. Algún otro se cavará en el suelo una cueva. Y en fin, un tercero se acostará bajo algún pino o abeto joven, cuyas

partes, a pesar de su voracidad increíble, el único mamífero que pasa todo el invierno sin tomar ningún alimento, ni bebida y sin caer al mismo tiempo en un estado de sueño letárgico, como la marmota o el erizo, por ejemplo. Acostado en redondo, se da vuelta de un costado y da otro de vez en cuando y duerme más que durante otras estaciones, pero jamás sin despertarse, aunque sea cada veinticuatro horas, y conserva el uso integral de todos sus sentidos.

ramas cubiertas de nieve le forman una especie de choza. Son cazadores profesionales los que se ponen en busca de esas madrigueras para vender en seguida a los aficionados su descubrimiento, y lo hacen pagando un precio superior en mucho al que se cobra en el mercado por una piel de oso.

En seguida que la primer nieve comienza a caer, y sin esperar una nueva caída que recubriría el suelo, nuestro hombre se pone a buscar madrigueras.



Es un gran error el pensar que sea fácil seguir las grandes huellas de un oso impresas en la nieve. Este animal, extremadamente astuto, confunde sus huellas: vuela sobre sus pasos, hace rodeos, nudos, gira sobre sí mismo, hace zig-zags y despista fácilmente a un cazador novicio.

Salvo cuando la madriguera se encuentra en una mata o también en el medio de pequeñas coníferas cubiertas de nieve, es muy frecuente que la caza sea relativamente fácil. El cazador profesional que ha vendido su madriguera, lleva a su cliente sobre el lugar, y debe colocarlo de manera que éste vea bien el orificio del refugio. Algunos gritos o silbidos y asimismo el ruido de las ramas rotas, hacen salir a un oso viejo. La batida dura más tiempo.

Es más emocionante, sobre todo en el momento en que se siente el primer grito de los batidores, que anuncia la aproximación del animal. A veces el cazador puede percibir el oso a una distancia de cincuenta metros, gracias a este grito, y admirarlo mientras marcha pesadamente en el paisaje feérico del bosque espolvoreado de nieve. Pero la caza más apasionante es la persecución de un oso herido o no. Sin embargo, para practicar esta caza y conseguir atrapar un oso en fuga es necesario, por lo pronto poseer buenos perros y en seguida un buen patinador con "skis". Sin buenos perros de la raza llamada "laika" (de esos que en el Norte se atan a los trineos) aun los mejores patinadores deben renunciar a aventajar en ve-

locidad a un oso. Por el contrario, si el cazador tiene perros agresivos y no sabe utilizar perfectamente sus skis, corre el peligro de que todos sus perros sean muertos o estropeados por el oso.

No hablemos de la caza sea con un cuchillo, sea con una lanza. Esos cuentos me hacen el efecto de alabanzas de los Tartarines internacionales, que no han visto jamás un oso en libertad y que todavía creen que ataca avanzando, pero lentamente, levantado sobre sus patas posteriores. Cuando un oso ataca verdaderamente, lo hace siempre en cuatro patas y tiene una rapidez tal, que la palabra inhábil o lento, que se aplica habitualmente a los osos, no tiene ya ningún sentido. Por otra parte un oso herido, pasará por la derecha o la izquierda, o bien dará la espalda a un cazador tan intrépido, sin manifestar el menor deseo de hacerse empalar sobre una lanza. En cuanto a los osos heridos, diré solamente que en el curso de mis numerosas cacerías, tres veces los paisanos ensayaron emplear las lanzas. Las tres veces se vieron desarmados por el animal, antes de que la punta de la lanza hubiera tocado su cuerpo. Mi llegada precipitada, los sacó, en cada una de estas ocasiones, de una terrible situación. Agreguemos asimismo que ninguno de estos animales pesaba más de cien kilos y uno de ellos, un oso joven, pesaba apenas cincuenta. Los ejercicios de esgrima con una lanza o un cuchillo, son buenos para mostrar a los profanos en un zineón junto al fuego, después de una buena comida, pero no valen gran cosa en una cacería, en la nieve profunda y en frente de un oso saltando sobre cuatro patas. Dejemos entonces, estas hazañas de los emulos del barón de Crac y contentémonos, por nuestra parte, del hecho de que frecuentemente, en medio de un claro cerrado, entre árboles desarraigados y también entre coníferas recubiertas de nieve, el cazador no puede tirar más que a una distancia de dos metros, como máximo. Sentado sobre el talón del pie derecho, la pierna izquierda plegada hacia

adelante, la mano izquierda sobre la rodilla y teniendo el fusil, poderlo hacer es ya mucho. A pesar de toda la prudencia imaginable y una gran experiencia de cazador, las sorpresas más inesperadas, son siempre posibles. Uno no puede jamás predecir el final de una caza al oso y es eso lo que constituye su principal atracción.

Durante una de mis cacerías, un oso se guardó en una madriguera, sin que ningún tiro de fusil fuera tirado. Al día siguiente pude volverlo a ubicar en un mazo de bosque y quise aproximarme solo, a fin de hacer menos ruido.

Seguí atenta y prudentemente sus huellas desde hacía cerca de dos horas, cuando ellas me llevaron a una mata muy densa de jóvenes abetos, casi enteramente cubierta de nieve espesa. Como sus huellas indicaban un animal de gran talla, no creí que tuviera la imprudencia de instalarse en esa mata, sino que esperaba encontrarlo más bien bajo algún árbol resinoso solitario, en cualquier sitio donde él podría verme venir de bastante lejos. Es por eso que en lugar de dar un rodeo, yo me metí en esa espesura.

Alguien que no se haya arriesgado jamás, no puede imaginar el apuro que representa esta empresa. Debí arrastrarme, andar de pronto curvado en dos, o caminar de espaldas. Las ramas que yo libraba del peso de la nieve se volaban a su antiguo lugar, castigándome al pasar, el rostro; otras me echaban su nieve sobre la nuca, de donde fundiéndose, fluía por mi espalda, empapándome. Ayudándome con la mano izquierda para abrirme un pasaje, tenía con la mano derecha mi fusil cargado, pero no podía utilizarlo. El tiempo me parecía ya largo y comencé a desesperarme, cuando, entre las ramas, apareció un pequeño claro, y yo hubiera podido penetrar... Pero antes de haber tenido tiempo de levantarme completamente, me encontré frente al oso.

En un espacio libre de apenas dos metros de diámetro, éste se mantenía en sus cuatro patas, con la cabeza al alcance de mi mano. Era de gran tamaño y casi negro. Los ojos fijos sobre los míos, sacudía los copos de nieve que le cubrían a trozos. Fui yo el que quiso tomar la ofensiva. Echando una ojeada discreta sobre mi fusil, noté que sus caños estaban recubiertos de nieve en toda su longitud.

## Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks

**DELE UNA HERRAMIENTA DE SEN SEN.**

**TIENE DENTAOURA DE LAUCHA, Y UN AIRE SI ES O NO ES DISPEPTICO**

**¿CREES QUE PODRA DIGERIR ESTOS CLAVOS EN SALMUERA?**

**PARECES CALIGULA.**

**ME ALEGRO; LA VOCACION POR EL BUEN CO. MER ESTA DISCULPADA EN LOS EVANGELIOS Y EN EL LIBRO DE LOS ESORAS.**

**¡JUA, JUA, JUA!**

**TENGO LA IMPRESION DE QUE NO HEMOS HECHO LO QUE DEBIAMOS.**

**MI CONCIENCIA ESTA COMO UN DIA SIN SOL Y SIN ESTRELLAS**

**DEPENDE DE NUESTRA ENERGIA LA REIVINDICACION DEL ESQ. FAGO DE LA MULA.**

**HABLAS COMO UN FILOSOFO NEUTRO.**

**¡JE, JE!**

**¿QUE ANDAN HACIENDO? REVISANDO LAS CORRIENTES DE AIRE**

**PARECEN HERMANITOS**

**HABRA QUE LLAMAR A UN EGIPTOLOGO PARA QUE NOS DIGA SI ES LA MOMIA DE RAMSES O DE CODEGUIN.**

**¡JUA, JUA! ¿QUIERE QUE LE CUENTE LA HISTORIA DEL RATONCITO PEREZ?**

**¿HAY TERRONES DE AZÚCAR EN ELLA?**

**¡PIIT!**

**AQUI HAY OTLA PECELA**

**VAMOS A DESINFECTAR TU INSOLENTE NARIZ.**

**VÁMONOS; EL VÉSPERO SUSURRA Y LOS ARBOLES PARECEN DECIRNOS: "CASATE Y VERÁS".**

Como uno de mis amigos me había solicitado una invitación, yo le había puesto un telegrama citándolo en la estación de la que partíamos rumbo al bosque en trineo. Aceptó, felizmente — ya se verá porque — ya que ignorando si él poseía un fusil y sabiendo que tendríamos que enfrentar un oso terrible, decidí llevar, junto con mi fusil de calibre 10,75, a pólvora sin humo, un viejo, a pólvora negra de calibre 300.

A mi llegada a la estación el jefe me dio un despacho de mi amigo, en que me decía que estaba imposibilitado de venir. Inicié, pues, solo, la caza.

Levantado al primer ruido de la batida, el oso llegó al galope a costado izquierdo de mi campo de tiro; galopaba cómodamente sobre la nieve poco profunda. Giraba la cabeza continuamente, a derecha e izquierda. Lo esperé tranquilamente, pero de golpe, fui más afortunado, y antes de que yo pudiera echarme al hombro, pasó por atrás de un árbol frondoso que le cubría casi completamente. Lo vi apenas la oreja izquierda, pero temiendo que se escapara por un montón de árboles cercanos, le tiré al azar, a fin de hacerlo cambiar de dirección. El oso que hizo en seguida, alejándose por el ángulo derecho. Descubrí, domo la espalda y la punta de su cabeza, que mantenía levantada.

Como de costumbre, yo había vuelto a cargar mi fusil y le envié una bala a la oreja derecha, tiro muy difícil a causa de la mala visibilidad en la bruma opaca también, porque el oso giraba la cabeza hacia todos lados. El oso vaciló un momento pero en seguida se dio vuelta y galopó derechamente hacia mí.

Mientras el oso saltaba sobre el árbol caído, yo había cargado de nuevo mi fusil. Entre ese árbol y yo se encontraba una pequeña espesura de nogales, de menos de un metro de altura. El oso llegó a la mitad de esa espesura. Se encarnizó con rabia sobre un nogal. Sus movimientos son de masiada bruscos para permitirme tirar sobre seguro.

A pesar de todo, aprovechando un momento que me parecía favorable, tiro apuntando a su ojo izquierdo. El oso cae hacia adelante.

Sin dejar de mirarlo, cargó una vez más mi fusil. Introducí el cartucho, pero no muy adentro. Siento el fusil obstruido. En el mismo instante el oso se levanta y salta sobre mí. Traté de hacer entrar el cartucho, imposible...

El oso no está más que a cuatro metros. La mitad de su cabeza está ensangrentada y ella sus ojos brillan como carbunclos. Por entre sus fauces abiertas veo sus dientes... Mi fusil permanece abierto y obstruido. Tengo el tiempo justo de dejar caer sobre la nieve mi fusil bloqueado, tomar el viejo favorable, tiro apuntando a su ojo izquierdo. El oso cae hacia adelante.

El oso no está más que a cuatro metros. La mitad de su cabeza está ensangrentada y ella sus ojos brillan como carbunclos. Por entre sus fauces abiertas veo sus dientes... Mi fusil permanece abierto y obstruido. Tengo el tiempo justo de dejar caer sobre la nieve mi fusil bloqueado, tomar el viejo favorable, tiro apuntando a su ojo izquierdo. El oso cae hacia adelante.

El oso no está más que a cuatro metros. La mitad de su cabeza está ensangrentada y ella sus ojos brillan como carbunclos. Por entre sus fauces abiertas veo sus dientes... Mi fusil permanece abierto y obstruido. Tengo el tiempo justo de dejar caer sobre la nieve mi fusil bloqueado, tomar el viejo favorable, tiro apuntando a su ojo izquierdo. El oso cae hacia adelante.



Las reglas muy viejas y muy sabias que han dirigido, desde tiempos inmemoriales, la larga historia del Imperio, representan aún hoy el soporte más estable de una sociedad en decadencia. Código metódico y pueril, fija de una manera cómoda la decoración exterior de la vida, sin apartar consigo las restricciones morales de las religiones de Occidente y no se preocupa, en modo alguno, de las manifestaciones de una sensualidad violenta, practicada en el curso de los siglos pasados, con la misma impudencia y el mismo finismo.

Yu-Tchin-Pan, el importante vendedor de sedas del Lankai, era, como la mayoría de los chinos de su medio, profundamente apegado a las viejas costumbres. Por nada en el mundo hubiera dejado de quemar incienso en el altar de sus antepasados, en las épocas fijadas para estos ritos y de dar las limosnas prescriptas a las diferentes asociaciones religiosas, budistas y taoístas. Vigilaba personalmente el que las ceremonias familiares se desarrollaran conforme a los usos.

Desde su lejano retiro, sus antepasados, aparentemente satisfechos por esta atención respetuosa, podían reconocer la larga sucesión de los gestos que ellos mismos habían practicado bajo las dinastías de emperadores vueltos al polvo hacia ya mucho tiempo. Los chinos de las clases acomodadas tienen demasiada inteligencia y sentido práctico para criticar estos principios originados en una antigua sabiduría, que favorece en sus placeres y tolerancia ciertos vicios con los cuales no temen adornar sus existencias de hombres favorecidos por la fortuna.

Yu-Tchin-Pan usaba con moderación el tabaco y el opio, bebía vino amarillo y cerveza japonesa, frecuentaba los bu-

# Un Caballero Chino y sus Mujeres

Alberto Gervais  
Ilustración de Zorabál

Como la mayor parte de los orientales, Yu amaba a las mujeres, pero no las estimaba nada. Me describía las cualidades deseables en una mujer de hogar y aquellas que convenían exigir en otras, hechas exclusivamente para el placer, porque, como es natural, había conservado la antigua concepción del gineceo y la hetaira. La doble naturaleza femenina, la madre y la mujer, no podían encontrarse en una sola persona.

—Una esposa perfecta—decía— fuera de las cualidades físicas indispensables, debe conocer el lenguaje del amor y hablarlo fácilmente; tierna y sumisa, debe tener por ideal el ocuparse de su marido, satisfacerlo en todo y tomarle la vida tan agradable como pueda. Debe tener bastante tacto y delicadeza como para servirlo sin bajeza y subordinarse a él en toda ocasión. Tener el sentido de la armonía y poder estar alegre o triste, juguetona o seria, pensar en los asuntos serios o en los placeres, ser en ocasiones un sostén moral o una mujer experta y adivinadora, en fin, por signos imperceptibles, la actitud a adoptar para agradarlo.

Algunas, impresionadas por esta descripción, insistió en saber si todas las mujeres del Celeste Imperio tenían esas cualidades.

Yu reconoció de buen grado que semejantes cualidades se encontraban rara vez unidas en una sola mujer, pero no había que desesperarse, sino tratar de aprovechar las virtudes de que

era poseedora la mujer propia, elegida por los padres.

Los sabios y los filósofos habían reconocido hacia mucho tiempo esto, y su opinión era que el hombre sensato debe esforzarse para descubrir en otras mujeres, las cualidades que faltan a la primera. Así era relativamente cómodo el reconstruir, con la ayuda de un cierto número de concubinas, una perfección casi satisfactoria. Su experiencia personal le había mostrado el alto valor de estos principios. Sus venerados padres lo habían casado a los diez y ocho años y él no había tenido por qué lamentar su elección. La señora Yu había cumplido conculosamente sus deberes de esposa y dueña de casa. Se había esforzado por volverle la vida lo más agradable posible. Pero Yu, después de algunos años de casamiento, se había dado cuenta de que ella no poseía todas las cualidades que uno tiene derecho de exigir en una esposa. Había cometido el error de darle dos hijos. Sus padres se habían inquietado y la larga línea de antepasados que esperaban el nacimiento de un varón, habían manifestado su descontento; dos gallinas habían muerto, sin causa aparente y una de las sirvientas había caído por tierra, lanzando terribles alaridos. Los viejos expertos en el arte de la adivinación, habían reconocido de inmediato la evidencia de esas advertencias celestes.

Yu decidió poner todas las probabilidades de su parte y se decidió a tomar una primera

concubina. La señora Yu no aprobó este razonable proyecto y mostró un humor desagradable. Aceptó, sin embargo, de mala gana lo que no podía impedir y enjugándose los ojos entrojados por el llanto, preparó un nuevo departamento.

Los principios de esta nueva unión estuvieron lejos de ser fáciles y Yu profundamente indignado, se vio obligado a pasar varias noches en un sillón, entre el cuarto de su mujer y el de su concubina que, obedeciendo una y otra a caprichos incomprensibles, se habían negado obstinadamente a abrirle sus respectivas puertas. Su mujer le había aconsejado, mientras rechinaba los dientes, que se fuera a juntar con su concubina y ésta le había declarado irónicamente que su deber era ir a consolar a su honorable esposa. El tiempo calmó felizmente esta grave insubordinación y el nacimiento de una tercera hija, nacida de la concubina, que había llenado de consternación a la familia, llenó el corazón ulcerado de la señora Yu de un sentimiento inconfesable de felicidad.

Temiendo, por otra parte, a influencia de una mujer joven y bella que acompañaba la mayor parte del tiempo de su marido, la señora Yu había introducido en el hogar, por su propia cuenta, una tercer esposa... Dividir para reinar es un principio válido en todas las latitudes.

Provisto de tres esposas, Yu estimó que había cumplido con exceso sus deberes de jefe de familia, y, a menos que se opusieran circunstancias imprevisibles, estaba bien seguro de tener tarde o temprano un heredero. Sin despreciar en lo más mínimo los goces de la familia, Yu estimaba que la abstinencia sistemática de ciertos placeres era una falta de gusto muy poco elegante. Según su opinión, una virtud aislada era tan peligrosa como una idea fija y podía conducir a actos inconsiderados o intolerantes. Un libertinaje ejercido razonablemente, por el contrario, daba al alma un equilibrio apaciguante, próximo a la felicidad y una más sana comprensión de los hombres y las cosas.

Los talentos particulares de las pequeñas tantitas de la ciudad fátara, atraían algunas veces su atención y él no creía despreciar tampoco el encanto ambiguo de los jóvenes comediantes. Yu se asombró mucho al saber que los europeos afectados por este último vicio trataban de disimularlo, y la mayor parte no tenían el menor interés en conocerlo.

Tolerante, como la mayor parte de sus conciudadanos, hubiera juzgado de tan mal gusto el criticar nuestro punto de vista moral, como suponemos capaces de desaprobarnos el suyo. Buen padre y buen esposo, a lo menos con referencia a la escala moral de su país. Yu tuvo la alegría, algunos años más tarde, de que le naciera un hijo varón. Este muchacho fue mimado como un hijo de rey. A los quince años manifestó el deseo de ver mundo y su padre, demasiado débil para oponerse a sus deseos, lo envió a casa de unos parientes en Cantón y a Shanghai.

Después de una larga ausencia, debía regresar a su país natal con una instrucción sólida y conocimientos profundos acerca de las lenguas extranjeras. Yu había cedido de mala gana. No veía con buenos ojos la estadia de su hijo en esas grandes ciudades de la costa, que lo harían tomar contacto con todo un mundo diferente. Imbuído de los prejuicios de su clase, elemento estable de una vieja sociedad, había opuesto siempre a las reformas y al progreso una resistencia desesperada. Si sus ideas íntimas acerca del valor real de los sistemas religiosos o morales de la sociedad china lo conducían a un escepticismo sonriente, el interés que ellas podían tener como un principio de orden y de estabilidad en un mundo en efervescencia, no era discutible. Ellas habían regulado en todo tiempo la marcha del Imperio a través de vicisitudes sin nombre y Yu entendía que era necesario mantenerlas, a lo menos en el dominio donde su autoridad de jefe de familia era incontestable. La vida y la muerte se sucedían en un torbellino perpetuo, el hombre no hace más que atravesar la creación, debe entonces esforzarse de gozar en paz de las felicidades que puede alcanzar en una sociedad evolucionada por centenares de siglos, que ya ha tenido tiempo de hacer todas las pruebas. La verdadera felicidad no está, por otra parte, en la llegada de un acontecimiento inaudito, formidable, en una conmoción social que permitiría el libre juego de todas las pasiones y todas las violencias, sino en la espera de una continuidad de pequeñas felicidades más o menos fáciles de lograr.

Tales eran las ideas de Yu, que después de haber sido mi paciente, se había convertido en mi gran iniciador en materia de filosofía oriental.



nos restaurantes de la ciudad y los teatros, vendía su seda lo más caro posible, amaba a su mujer, a sus concubinas, a su hogar y a sus hijos. Pasaba la mayor parte del día en su tienda y hacía sus cuentas jugando diestramente con las bolillas de su tabla de calcular. Su deplorable higiene, su inclinación acentuada por el vino de arroz, las carnes delicadas y los platos muy condimentados, le provocaban malestares que exigían su intervención, cuando yo estaba en China enseñando medicina, con bastante frecuencia.

Ciertos desfallecimientos humillantes para su amor propio, habían sido igualmente objeto de consultas y nuestras relaciones, con ese motivo, se habían tornado amistosas.

No era fácil hacer comprender a Yu la utilidad de un paseo o de un ejercicio físico cualquiera. Gran inquiridor de medicamentos, como la mayor parte de sus conciudadanos, reclamaba de nosotros un sello o una poción, pero no admitía de buen grado que estos medicamentos fueran absorbidos después de dos horas de caminar en dirección del sol levante o que fueran incompatibles con una cierta clase de alimentos. Enseñado por los primeros contactos con enfermos indígenas, les prescribía una terapéutica delicada, llena de aparentes complicaciones, haciéndoles así respetar reglas higiénicas muy simples.

Ya había alcanzado los cincuenta, tenía una mirada atravesada de tuez de instrucción y largas manos finas guarnecidas de uñas impresionantes. Poseía conjuntamente con una inteligencia viva, un carácter alegre y amable, y se alababa de haber reunido la más bella colección de estampas obscenas.

Se complacía en interrogarme acerca de los usos occidentales y criticaba con malicia las taras de una civilización a la que reconocía en otros aspectos serias ventajas. La existencia de las mujeres europeas era para él un perpetuo objeto de asombro. Era demasiado un "viejo chino" para apreciar las costumbres parecidas a, con mucha fineza, oponía a nuestras concepciones occidentales las de su raza, más razonables y sobre todo más aptas para procurar al hombre la felicidad.

El europeo, según su humilde juicio, había cometido el peor error al abandonar benevolentemente las prerrogativas de su sexo, para dar a la mujer, criatura inestable y poco razonadora, un rol y una autoridad insoportables con su misma naturaleza.

## Bibliografía

**OVIDIO PRACILLO. "Cartas del frente".** Editorial "For".

No pueden justificar al señor Ovidio Pracillo ni siquiera los diez y ocho apresurados años que contaba cuando se dio a recordar todas sus lecturas mal aprovechadas de libros de guerra, para escribir el cortísimo volumen titulado "Cartas del Frente".

Discípulo fiel de toda esa grandilocuencia con que se perjudica el noble propósito de combatir la guerra, el señor Pracillo, en insoportables digresiones, muy pobladas de puntos de admiración y suspensivos, nos demuestra el escaso alcance y profundidad de su pensamiento. En la parte narrativa no se alivia tampoco de errores. Carece de fuerza y del más elemental sentido de la verosimilitud artística. Nadie puede creer que al encontrarse dos antiguos compañeros de escuela, en un hospital de sangre, uno de ellos, agonizante, le diga al otro:

"—Todo era brillante para nosotros en ese entonces, cuando ni siquiera preveíamos esto que hoy habría de colocar un crespon luctuoso sobre nuestras ilusiones".

Y ello después de una larga parrafada que comienza con varias líneas decoradas con los consabidos puntos de admiración y suspensivos que no faltan en ninguna de las creaciones de la cursilería afebrada, exhausta de antemano en el afán de lograr un vuelo lírico que se queda en simple rastreo ortográfico.

Hay, asimismo, cartas de amistad y de amor en el libro de Ovidio Pracillo. Las primeras acusan un falseamiento insoportable del estilo epistolar posible entre amigos. Las segundas exhibiciones de esa declamación aparatosa, sin consistencia, con que, al intentar engrandecerlo se transforma al amor en una pegajosa melosidad, repugnante a los espíritus poco habituados a la lectura del "Secretario de los Amantes" y otras obras del género.

En todo caso el señor Pracillo tuvo un tiempo larazo para arrepentirse de su pecado juvenil. Entre la alternativa de dar sus originales al fuego o la imprenta, se decidió por lo último. Cometer un error total e inexcusable.

Aunque quizás haya sido culpablemente estimulado por personas que, como el señor Manuel S. Porteiro, que firma el prólogo, carecen de los menores conocimientos estéticos y manifiestan un desprecio completo por las normas más elementales de la gramática. — U. P. de M.

manece como sobrecogido durante algunos segundos y al fin me pregunta: —"¿Sabéis cómo sigue? ¿Está entonces enfermo?" —pregunte a mi vez. —"Moribundo, me respondió. ¡No lo sabiais!" —"Absolutamente". Y era cierto.

A propósito de Maupassant. Sabido es que el autor de "El Horla", que terminó sus días con un doloroso suicidio, sufría de extrañas visiones, las cuales lo precipitaron a los abismos de la locura. Entre esas alucinaciones se hizo famosa la percepción de su doble, que lo perseguió hasta que las sombras de la demencia obscurecieron aquel admirable cerebro de artista.

Comentando el sueño antes relatado, Maupassant decía a Bourget: "¿Qué sería si vos sufrierais lo que yo sufro? Una vez sobre dos, cuando yo entro a mis habitaciones, yo veo mi doble. Abro mi puerta y me veo a mí mismo sentado en mi sillón. Sé que es una alucinación; lo sé en el momento propio en que la sufro. ¡No es curioso? Y si no tuviera un poco de buen juicio, experimentarí terror..." A. P.

## Un Desdoblamiento

Monsieur Paul Bourget, el novelista psicólogo todavía leído y admirado por millones de personas, creía en la supervivencia del alma como artefacto de fe, pero albergaba serias dudas acerca del espiritismo. En cambio, admite la telepatía, definiéndola como la lectura de causas desconocidas. En suma, acepta la adivinación. Es curioso el relato de un sueño premonitorio en que el ilustre escritor tuvo la revelación de la muerte de su amigo el "croniqueur" Chapron.

"Yo debía ir con Maupassant a visitar el hospital de Lourdes, en donde enseñaba el Dr. Martineau. Por el camino dije a Maupassant: —"Me encuentro aun bajo la impresión de un sueño de una intensidad casi insoportable. He visto en ese sueño a León Chapron agonizando, su muerte, las consecuencias de su muerte; he presenciado la discusión de su reemplazo en los diarios donde escribía y todas las circunstancias de sus exequias con una exactitud tan horrible que al despertar, esa pesadilla me perseguía como una obsesión. Maupassant per-

manece como sobrecogido durante algunos segundos y al fin me pregunta: —"¿Sabéis cómo sigue? ¿Está entonces enfermo?" —pregunte a mi vez. —"Moribundo, me respondió. ¡No lo sabiais!" —"Absolutamente". Y era cierto.

A propósito de Maupassant. Sabido es que el autor de "El Horla", que terminó sus días con un doloroso suicidio, sufría de extrañas visiones, las cuales lo precipitaron a los abismos de la locura. Entre esas alucinaciones se hizo famosa la percepción de su doble, que lo perseguió hasta que las sombras de la demencia obscurecieron aquel admirable cerebro de artista.

Comentando el sueño antes relatado, Maupassant decía a Bourget: "¿Qué sería si vos sufrierais lo que yo sufro? Una vez sobre dos, cuando yo entro a mis habitaciones, yo veo mi doble. Abro mi puerta y me veo a mí mismo sentado en mi sillón. Sé que es una alucinación; lo sé en el momento propio en que la sufro. ¡No es curioso? Y si no tuviera un poco de buen juicio, experimentarí terror..." A. P.



En un gráfico noticioso correspondiente al sábado 10 de marzo hizo acto de presencia una ilustrativa historial titulada Beba exhibe la última moda. Acompañando las ilustraciones del caso aparecían las siguientes leyendas:

—"Es la silueta de una sirena —dice Beba examinando su figura en este nuevo vestido de satén negro—. Tiene el brillo de pescado. La línea curva de las caderas es igualmente importante".

Dejando a un lado lo que puedan tener de elegantes o sugestivas prendas con fosforescencias de bagre sapo, surubi, patí, langostino o calamar, me parece una irrespetuosidad elegir las condiciones de una sirena con piropos que hagan alusión al olor a bacalao o al gusto a berberecho de la habitante fluvial, como igualmente molestaria con frases dudosas al estilo de: tragastes el anzuelo, recorriste el espinal o te cacharon los cachalotes e insistiendo además con insinuaciones agravantes relacionadas al cotejar de la ustra y al camarín del camarón. Comentando otro modelo se expresa:

"Beba quiere tener experiencia de la vida marítima. Nótese los detalles nuevos en los hombros de su vestido de tejido "avestru" de ese nuevo tono gris azulado llamado anguila caviar. Pocas chicas esperan la llegada de la fama tan elegantemente vestidas".

Dudo mucho que la experiencia de la vida marítima se pueda lograr a base de rodilleras llenas de escamas, hombreras confeccionadas con agallas o al uso continuo de un pez espada o de una raya eléctrica. A mi parecer la única experiencia marítima que se puede conseguir presentándose en cualquier pay vestido a la usanza fluvial, con tejidos fandú y charita de llamativos tonos sardina, caviar, bétola o merluza, es la del mareo y el vomitivo a cargo de los contortullos. Sobre que pocas chicas han esperado la llegada de la fama con tan elegante stavío lo creo y hasta afirmo que la mayoría de las señoritas sorprendidas con una vestimenta parecida han preferido aguardar

# Museo de la Confusión

la llegada de la fámula para ser devueltas a la normalidad, desechando las estatuas y el reconocimiento de las generaciones futuras. El ajuar de Beba no termina con esto y nos presenta al siguiente encantador modelo:

"Beba tiene también un nuevo vestido de noche de satén. Es de color verde mar y tiene la curva y la cola como la de un pez. Esas mangas caídas podrían ser muy bien las alas de una diosa del mar".

Preferio olvidarme del coilepetero verde mar para dedicar mi atención al extraño personaje nombrado en último término. En realidad no veo las ventajas por las cuales la citada diosa del mar ha elegido las alas como medio de propulsión submarina. Con el mismo criterio un gallo bataraz tendría que estar rodeado de escamas, un cóndor de muletas y bastones, un judío errante de vejigas natatorias, un globo trotter de escafandras y un murciélago convenientemente equipado de bota militar y caramañola.

La "Novela Semanal" del 12 de marzo nos ofrece un cuento titulado La maja vestida de blanco, escrito por el señor Julio Dantas con su característico e irremediable estilo chantilly. Describiendo a cierta damisela, expresa el amerengado:

...ella, joven, rubia, veintiocho años acaso, un poco masculina, vistiendo un "trotteur" blanco, unos guantes largos de gamuzas blancos, un "petit-marcuis" blanco, colocado al sesgo en la cabeza, como si la "Mujer

de blanco", de John Opie, con sus cabellos de fuego y sus ojos de porcelana, surgiese en la penumbra dorada de la "Timousine".

Decididamente, debo confesar que no creo en la masculinidad de ciertos guapos que se pasean de esquina a esquina con largos guantes de gamuza, petit-marcuis y ojos de porcelana, surgiendo de una limousine u observando a un mousolone.

En la revista antes citada, con fecha 19 de marzo, se nos dan algunos ensayos sobre la elección adecuada del papel y la tinta en nuestra correspondencia.

Veamos:

Conviene elegir un papel de aspecto discreto, pero de calidad extra. Sobrio, su tamaño estará determinado por el de la letra.

Por ejemplo: si tenemos la mala costumbre de escribir la letra p de dos metros de altura, sería inconveniente enviar esquelas o billetes del tamaño de una estampilla, publicar las doce tablas de la ley en una astilla o enviar nuestro pégame en tarjetas cuya extensión no excedan de un centímetro cuadrado. Otro consejo:

Ahora bien: el papel de cartas bien elegido debe estar de acuerdo con la edad de las personas que lo emplean.

Ejemplo: Si la persona es una momia, debe evitar escribir sobre un casquete, un ladrillo o una baldosa y dará sus preferencias al papiro. Si pertenece a la edad de piedra, evitará los cartiles luminosos, el papel maderado y el sobre timbrado. En el caso que el señor tenga tres meses, lo mejor es prohibirle toda clase de inscripciones y carteles.

En "El Suplemento", del 28 de febrero, en un cuento apodado Papá Juan, hallé lo siguiente:

Después, nada más. Anonadado, petrificado, pasó a su alrededor una mirada de orate, mascullando una blasfemia.

Si petrificado es convertido en piedra, dudó que esta estatua se dedique con éxito a los paseos ópticos y a la masticación de interjecciones. A lo sumo puedo permitirle que se cubra de musgo, se despena o se transforme en un canto rodado.

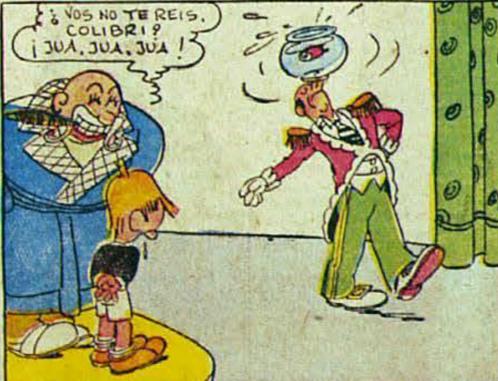


Por

## Animula Vágula

Dibujos de Rodrigues

# El Nuevo Rico por H. Rodriguez



tor, el testigo y la víctima, como una mano invisible ha podido lanzar desde mi celaroso, bajo mis ojos, sobre mi mesa de trabajo, un ramo de rosas blancas que hoy he conservado durante muchos años, hasta que se deshizo en polvo.

ARQUIMEDES, un tipo por demás conocido en los ambientes escolares, dijo, hace ya bastante rato: ¡Dadme una palanca y os levanto el mundo!

El pobre hombre no sabía por cierto lo que sabemos todos los ignorantes de hoy día: que el mundo está levantado desde su infancia para que le sea permitido rodar en torno al sol, según afirmó y probó el sabio Galileo.

Se me ocurrió pensar en Arquimedes, porque hace dos años, hice yo también una pequeña reflexión, no precisamente inspirada en la palanca, sino en una acerola esmaltada que perdí un poco de su capa lustrosa al caer sobre las baldosas del patio.

Se me olvidaba decir a ustedes que la tal acerola, antes de caer, golpeó violentamente mi cabeza, abriendo una ventanita de regular tamaño, que necesitó por lo menos media docena de puntos para cerrar su boca.

He ahí que se me ocurrió pensar, por primera vez en la vida, en la cuestión de la gravitación de los cuerpos, pues era también la primera vez que un cuerpo extraño caía sobre el mío.

El hecho pasó de esta manera: mi señora, que ustedes conocen porque es igual que todas las señoras de este bárbaro mundo, se había encaprichado en querer revisar mis bolsillos, convencida de encontrar en ellos suficiente material para alimentar sus celos, más hambrientos que un vulgarísimo maestro de escuela.

Yo no me oponía nunca a los deseos de mi señora; soy un hombre pacífico que no ha tenido ocasión, durante su vida, de frecuentar ambientes de lucha, habiendo sido rechazado de la política por obtuso y de la guerra por anémico.

La única vez que he tenido oportunidad de demostrar que en mí espíritu está plantada la semilla del héroe, que podría brotar algún día, ha sido cuando me casé.

Pero eso también fue una hazaña relativa, porque el peligro, insospechado en el momento del hecho, se presentó después de algunos meses, cuando yo menos lo esperaba.

Lo peor del caso es que, cuando se presentó, la semilla dejó de brotar y el pedacito de tierra de mi heroísmo, se ha quedado más pelado que el asfalto de la Diagonal Norte.

escribir una línea para decirle a ustedes, los hombres unidos, cómo he conseguido deshacerme de mi carcelero y recuperar la libertad perdida en el instante en que el oficial del Registro Civil me arrancaba ese "af" automático, que todos pronunciamos en un momento de debilidad mental.

La cosa ha pasado en una forma verdaderamente extraordinaria, lo que no hace esperar a todos la misma suerte que yo. Mi mujer, que Dios la regale a otro! tenía la horrible costumbre de ser estúpidamente celosa. Digo estúpidamente, porque, si ha habido en el mundo celos injustificados, han sido los de mi ex señora, que no tenía ninguna razón para torturarme, pues yo soy un hombre refractario a... las faltas domésticas y tan superlativamente tímido, que nunca tendré una aventura amorosa, a no ser que alguna dama se enamore de mi persona, me lo haga saber y me venga a buscar a mi casa.

A pesar de esto, mi ex señora, con sus eternas sospechas, no me dejaba tranquilo un momento, haciéndome pasar media docena de malos ratos todos los días.

Cansado de esta situación, deprimente, y sin fuerzas para actuar con energía, resolví idear una treta para curarla de esa enfermedad que tanto molesta a quienes no están contagiados de ella.

Supo por doña Lisa, una amiga de mi ex cara mitad, que existía una pitonisa de moda, llamada Mme. Tellier, tan hábil en predecir el futuro, como en arreglar lios entre novios y casados.

Con una tarjeta de doña Lisa, me fui a la avenida Alvear, en busca de esa buena señora, para rogarla que indicara la manera de modificar el carácter de mi socia matrimonial, evitando así las dolorosas escenas que me obsesionaban a raíz de sus desgraciados celos.

Hallé en Mme. Tellier una mujer completamente dispuesta a tomar en consideración mi desdicha e idear la manera de aliviarla. Después de haberme precedido un futuro feliz (en eso no se equivocó) la optima señora me interrogó minuciosamente acerca de mi esposa. Al enterarse de todos los detalles de la enfermedad, la pitonisa me tomó de una mano y casi cariñosamente me preguntó:

—Su señora, acaso, no ha tenido nunca su lado débil... con algún amigo ayo... por ejemplo... Respondí con una indignación (de la que hoy me arrepiento), que en cuanto a eso habría puesto la cabeza en el fuego, pues tenía la más completa seguridad sobre la conducta de mi mujer que, a pesar de sus defectos, era una fortaleza inexpugnable en su rígida honestidad.

—Hay que inventar algo, entonces, — me dijo Mme. Tellier —; hay que buscar la manera de darle una lección con sus mismas armas. Vamos a hacer una cosa — agregó —. Pídale a Da. Lisa que le insinúe a su esposa que me venga a consultar. Yo hallaré la manera de ponerla en aprietos y de amenazarla, si fuera el caso, para que lo deje a Ud. tranquilo de una vez. Parece tan noble y tan bueno Ud. me dijo luego con admiración — que yo quiero ayudarle en todo lo que pueda.

Después de convenir la treta que debía curar a mi torturadora, saqué la cartera para abonar a Mme. Tellier el precio de la visita y me encontré con una sorpresa agradable: la pitonisa no me cobraba nada, por ser yo un hombre muy simpático y merecedor de toda su consideración.

No le costó mucho a Da. Lisa convencer a mi mujer de que podía descubrir algo seguro acerca de mi infidelidad, consultando a la famosa Mme. Tellier. El día de la visita, de acuerdo con la pitonisa, me escondí detrás del cortinaje que separa la sala de experimentos del dormitorio de Mme. Tellier, para asistir a la entrevista que debía modificar en algo el carácter de mi mujer.



UNA famosa encuesta de "Le Matin", publicada a fines de 1901, registra las confesiones y revelaciones de muchos hombres y mujeres que entonces formaban el "tout Paris" de las artes, las letras y las ciencias.

Entre todas las respuestas publicadas por "Le Matin", adquirieron extraordinaria resonancia las manifestaciones de Mme. Augusta Holmes, suerte de ya olvidada Corina de la época, autora entonces famosa de "La oda triunfal" y "La montaña negra", amén de melodías admiradas como "El himno a Eros" y "Les griffes d'or". Esta dama vive virtualmente bañada en el píjaro misterioso del más allá. Su departamento de la calle Juliette Lambert parece ser el lugar de cita de los espíritus más disimiles por sus predilecciones. Desde que se levanta hasta que se acuesta, sus días transcurren en un ambiente maravilloso de penetración con el ultramundo. Sus cofres encierran el tesoro de amables obsequios de las almas desencarnadas: desde el fino plumón caído de las alas invisibles de los ángeles, hasta la mecha de cabellos castaños un tanto agrisados del general boer Luis Van Stetten, mismo mensajero transmitido por vías irreal en el instante en que dicho jefe era capturado y muerto por los ingleses.

Pero entre todos los fenómenos con que fué favorecida Mme. Holmes, ninguno más encantador y extraño que el de los espíritus-pájaros que la distinguida música relataba así, abonando su relación con el testimonio de seis personas dignas de fe que también presenciaron el prodigio:

"El verano último, por orden perentoria de los invisibles, abandonamos todos el comedor para reunirnos en un fumoir cuya puerta-ventana se abría sobre un jardín perfumado, que sólo las estrellas iluminaban vagamente. Eran las once de la noche y el ámbito estaba silencioso. De súbito, un lejano ladrido de perro, seguido de un largo chillido de pájaro nocturno, atrajo nuestra atención. Después fui sorprendida de escuchar a mis pies una muchedumbre de pios y gorjeos de toda clase de pájarillos. Se busca por todo; ¡ni un pájaro! En seguida y poco a poco, el fumoir, que estaba plenamente alumbrado por lámparas eléctricas, se llenó de gritos, de cantos, de gorjeos de pájaros cuya multitud aumentaba siempre. Aquello parecía sobre todo la tumultuosa charla de innumerables golondrinas. Todos nos pusimos a buscar bajo el diván, entre las plantas verdes, por todo, sin descubrir nada; y los cantos continuaban sobre nuestros hombros, en nuestras orejas, con tanta fuerza que nosotros estábamos obligados a gritar para oírnos. En fin, el medium,

mensaje sobre la cual estaba colocada la famosa bola de vidrio, en cuyo interior, las personas que han estudiado en la India ven una cantidad de cosas raras.

Mme. Tellier, que había anotado todos los datos que yo le había suministrado sobre la señora, no tardó mucho en deslumbrarme con su profundidad de psicología y maestra del ocultismo, preparándole el espíritu a una mansedumbre inusitada y a una admiración pocas veces sentida. El punto culminante de la entrevista se vislumbraba cercano, por la conversación hábil de la adivina, quien entraba poco a poco en el terreno de las confidencias.

—Veo en esta mancha colorada que cruza el vidrio de arriba para abajo, una enfermedad muy acentuada en Ud., señora; la enfermedad de los celos. No me equivoqué mucho afirmando que Ud. tortura a diario a su esposo, con la sospecha de que le sea infiel. Esto es muy malo, señora, especialmente para una mujer como Ud. que posee un carácter romántico y por demás espontáneo, que puede llevarla a faltar a sus deberes de buena esposa.

A este punto de la peroración, noté en mi mujer algo extraño, como si temiera que alguien oyese la insinuación. Se dio vuelta para todos los lados, con mal celado disimulo, mientras la pitonisa, fijándola bien en los ojos, continuaba, maligna:

—Nosotras, las adivinas de verdad, sabemos todo. Entiende Ud. bien, señora? Sabemos todo — y recalco bien las palabras. Me pareció que mi mujer palidecía.

—Las señoras como Ud. no tienen derecho de ser celosas. Veo en el blanco de sus ojos, reflejarse la imagen de un hombre rubio, que la visita con frecuencia, porque es amigo de su marido. Un hombre alto y atrevido, que viste con elegancia y que tiene fama de conquistador...

en trance, nos dijo que él veía esos pájarillos, que eran maravillosamente bellos, y que se trataba de espíritus que deseaban hacerse entender por nosotros.

Después, y gradualmente, esos seres callaron, pareciendo alejarse volando en la noche; un solo pequeño pájarillo quedó gorjeando cerca de media hora todavía, inmediate al medium. El silencio nocturno reinó de nuevo.

El autor de "Los humildes" —muerto piadosamente en el seno de la iglesia— relata un caso verdaderamente curioso. Es el de la voz desconocida — especie de daimón socrático— que influyó tan poderosamente en su vida moral.

Un grito sofocado de mi mujer, hizo que mi anemia desapareciera instantáneamente, de su lugar a un color rojo saludable, que se adueño de mi cara de enfermizo y me proporcionó el calor de una fiebre repentina.

—¡Arturo! exclamó mi señora procurando atenuar las vibraciones de la voz. ¡Pero señora! Ud. es el mismo diablo en persona! Lisa, la infame, le ha contactado...

La semilla del héroe pareció brotar en mí durante un segundo. Me abalancé sobre mi media naranja con el ánimo de cometer un delito peor que el de Bonini, pero tuve que desistir de mi intento, porque al pegar el naipón para agarrarla del pescuezo, solamente conseguí juntar las dos manos en el aire, pues mi mujer acababa de desmayarse y caer...

El divorcio lo obtuve por medio del abogado de Mme. Tellier, que ha sido tan amable y buena conmigo.

Abrazaos libre, completamente libre de casarme con ella, que bien merece esta atención, después de todo lo que ha hecho para demostrarme su simpatía.

"Ha sido siempre cuando yo estaba en el lecho y poco después de apagarse la luz— escribía el poeta— que se producía el fenómeno. Yo escuchaba entonces, distintamente, una voz que me llamaba por mi nombre de familia: Coppée.

Seguramente, yo no duermo en esos momentos; y la prueba es que, a pesar de la profunda emoción y la palpación del corazón que sentía, siempre—entendíame bien, siempre— inmediatamente, respondía: —¿Quién me habla? Pero nunca la voz agregó nada a su simple llamamiento.

Yo he escuchado esta voz muy raramente y en circunstancias bastante graves de mi vida moral, cuando yo tenía preocupaciones o estaba descontento de mí mismo. Y siempre ella ha tomado el tono de queja o de reproche, pareciendo compartir mi pena o amonestarme por mis malos recuerdos. Esta voz, yo no la conozco. No me recuerda ni la de mi padre, ni la de mi madre, ni la de ninguna otra persona a quien yo fuese particularmente querido o que yo haya amado mucho y no existiera. Pero ella es, lo repito, clara y distinta; y lo que es más notable, verdaderamente pavoroso, lo seguro, es que parece siempre, por el acento que pone en esa palabra —mi nombre— responder al sentimiento de que yo estoy animado. Debo agregar que han cesado sus llamamientos desde que he recolectado, muy humildemente, el hábito de la plegaria."

¿Quién recuerda actualmente al diabólico monsieur Phocas y al bizarro Bougreton con sus jactanciosas historias de pobre diablo metido a constructor de quimeras? Y, sin embargo, a

un cierto Loustau, quien, llamado frecuentemente a París por sus negocios, aprovechaba sus ocios para llevar una vida muy estilo Regencia. ¡Eran los estertores de las víctimas de Loustau los que se encarnaban contra mí? No lo sé. Pero las tinieblas de ese departamento lígubre eran agitadas y su soledad poblada muy extrañamente."

No simpatizaba con el ocultismo el cantor de Mireya; mas tampoco ha dejado de pagar su tributo al misterio. He aquí el misterioso caso del perro que lo hizo creyente en la doctrina de la reencarnación. El animal fué encontrado por él una vez, vagando por los campos y desde ese instante acompañó al poeta, incorporándose enigmáticamente a su vida. Recibió el nombre de "Pan-perdu".

"Yo no hablaré —escribía el gran felibre— de los rasgos de extraordinaria inteligencia que hicieron a "Pan-perdu" célebre en toda la región. Pero el hecho siguiente puede relacionarse con la encuesta sobre el más allá y las fuerzas desconocidas:

Poco tiempo después de la entrada de "Pan-perdu" a mi hogar, mi mujer, acompañada de una sirvienta, fué, el Día de los Difuntos, al cementerio para depositar una corona sobre el sepulcro de familia. Ahora bien: el cementerio está cercado por muros y el perro en cuestión no había tenido jamás oportunidad de introducirse en él. Sin embargo, apenas se abrió la puerta, he aquí que mi "Pan-perdu" toma la delantera, desparece entre los árboles y mi

no es ni la proyección ni la resultante de sus propios pensamientos; y de no comprobar, en la producción de ciertos fenómenos, la acción de seres ocultos cuya verdadera naturaleza es difícil precisar".

Entre los fenómenos maravillosos en que intervino Sardou, figuran los dibujos de que fue autor, en trance de mediumnidad y que se publicaron en la segunda mitad del pasado siglo. Todos fueron firmados por Bernard Palissy (V. S. medium), porque parecen haber sido elaborados bajo la inspiración del famoso creador de la cerámica.

De todos esos dibujos, el principal, y sin discusión el más bello, es la Mansión de Mozart en el planeta Júpiter, admirado por sus contemporáneos como una obra maestra y que fué trazado en una hora y media, con desconocimiento completo de lo que se iba manifestando bajo sus manos. A propósito de este diseño y de los restantes, Sardou explicaba que la casa de Mozart fué trazada "a la pointe" sobre el barniz de una placa de cobre, para ser grabado al agua fuerte en numerosos ejemplares. "Didier —agregaba— el librero académico del muelle de los Grands Augustins, espíritu resuelto, había mostrado mis dibujos a incrédulos que rehusaban creer que un trabajo tan complicado hubiese podido ser acabado en tan poco tiempo y con tal indiferencia del autor. Para convencernos me rogó que reemplazara la pluma por un estilo y el papel por una placa de cobre barnizado; a lo que yo asentí. Y en una hora y media, más o menos, fué trazada la Mansión de Mozart sobre la placa, sin una vacilación."

"Todos hemos conocido a ese pobre Edouard Dubus, a quien las prácticas mágicas de Stanislas de Guayta volvieron demencia y demente. Ese poeta vino a verme la víspera de su muerte; estaba absolutamente poseído; yo intenté vanamente consistir en hacer decir a los suyos que él no existe. El solo hecho de negar el diablo es una prueba de que se está poseído. Los espiritistas están en ese caso.

"Cómo referirse al ocultismo de fines del pasado siglo, sin dar sitio preferente a tout seigneur... al sabio imaginativo que enseñó los misterios de la astronomía como un maravilloso relato de la fantasía y que fué llamado el Cristóbal Colón del planeta Marte? Sabido es que el apasionado Flammarion fué durante largos años un ferviente ocultista y que hasta el último instante de su vida afirmó su fe espiritualista sobre el testimonio de cuatrocientos treinta y ocho fenómenos de orden psíquico, personalmente comprobados por él. En su juventud alcanzó fama entre los iniciados, como Medium y trabajó como colaborador y secretario psíquico de Allan Kardec, el pontífice máximo de la escuela. Pero los años no pasan en vano. A la época del renacimiento espiritista Flammarion estaba ya de retorno. El antiguo medium había sometido a la más severa exégesis las revelaciones de la mediumnidad y ésta —¡ay!— no había salido airosa de la científica prueba.

He aquí como relataba Flammarion a Jules Bois la historia de un desencanto, a través de cuya trama no deja de advertirse cierto suave matiz de tristeza: "Fuí en otro tiempo el colaborador de Allan Kardec y aun su secretario en algunas sesiones. Una parte de su libro "El Génesis", ha sido redactado de mi mano. Tratabase de la escritura automática, inconsciente. En tanto que Victoriano Sardou dibujaba mediumnamente las mágicas mansiones de Júpiter que él atribuía a la inspiración de Bernard Palissy, yo firmaba revelaciones astronómicas con el nombre de "Galileo". Pero debí reconocer más tarde que yo había sido la víctima de mi propia imaginación. Desde que ese libro de Allan Kardec apareció, nosotros conocemos mejor el planeta Júpiter y he podido comprobar que el pretendido "Galileo" que conducía entonces mi mano, cometió numerosos errores; en suma, él no poseía más que los conocimientos frecuentemente erróneos que yo tenía entonces acerca de dicho planeta. Ello no hubiera ocurrido si hubiéramos tenido relación con el alma misma, superior y liberada, de "Galileo". Era simplemente mi inconsciente que dirigía mi mano y no un espíritu."

sin una detención, sin corrección alguna —imposible por lo demás— bajo los ojos de esos pasmados incrédulos."

Pero no solamente como elector de concepciones arquitectónicas de los espíritus se relacionó M. Sardou con el más allá. El siguiente párrafo, de una carta suya, nos ilustra sobre el curioso caso de las rosas materializadas:

"Me preguntáis si creo en las materializaciones? Naturalmente que sí, pues yo mismo las he obtenido en los tiempos en que fuí medium. Y yo espero todavía que se me explique por alguna fuerza psíquica desconocida, o por una superchería de la cual yo sería a la vez el au-



en sus expresiones y dejó que revisara todas las cavernas de mi traje.

Ese día los bolsillos estaban vacíos, no solamente de papeles, sino de papeles. Una sola tarjeta comercial había en uno de ellos. Una tarjeta sin importancia que llevaba una anotación en el dorso: Mary — 38-0164.

Era el número del teléfono de una perfumera con la que mantenía yo relaciones comerciales.

Pero la manía de mi ex señora, de hallar en todas partes una prueba de infidelidad, hizo que la anotación esa trajera a la luz la palanca de Arquimedes, la constatación de Galileo, la teoría de la gravitación y la... acerola.

ALDO DIECI

ILUSTRACION DE RODRIGUEZ



principios de siglo Jean Lorrain era el escritor perverso por excelencia, aquel de quien se referían en voz baja los refinados hábitos y cuyas alucinaciones de electrómago constituyeron casi un género literario, guiado hasta el dritrambo por aquellos —y eran tantos!— que ostentaban su real o fingida negligencia de "blasés", por todos los cenáculos literarios o sencillamente "snobs" de Europa... y América.

He aquí como refiere "Le buveur d'eter" las extrañas y misteriosas presencias que frecuentaban las noches de su casa de la calle Courty, llamada por él mismo en un cuento de sus "Souvenirs" "Le mauvais Gite" (La mala madriguera!)

"Mis noches eran atroces. Yo sufría perturbaciones de la vista y el oído. El silencio de mi dormitorio estaba poblado de pasos; se marchaba allí por los muros, las cortinas se abrían por acción de invisibles manos, las puertas se abrían solas; y eso siempre que la habitación estaba a oscuras. Estando las luces encendidas, pies desamparados, manos de mujeres se inclinaban frera de las colgaduras. Yo debía, frecuentemente,irme a dormir a un hotel y terminé por abandonar ese departamento.

"Eso me hizo de los primeros en estudiar el espiritismo desde sus comienzos —expresaba el autor de "Patrie" a Jules Bois, en una serie de cartas que alcanzaron gran resonancia en su época. De esto hace una cincuenta y dos años. Y bien; he pasado de la incredulidad a la sorpresa y de la sorpresa a la convicción. Los fenómenos materiales observados en las condiciones de examen más rigurosas, y testimoniados por sabios cuyos nombres no hay por qué recordar, no son discutibles y en la mayoría de los casos permanecen inexplicables en el estado actual de la ciencia. Es imposible desconocer, en un número de casos, la intervención de una inteligencia extraña a la de los operadores, que

ADRIAN PELLET

ILUSTRACION DE GUIDA

# Cinco Personas y un Perro Nato

por L. Slavin  
ILUSTRACION DE ROJAS

Los ocupantes del departamento No. 1 recibieron la revolución de noviembre a su manera. Era aquel un departamento raro para la época; carecía de dueño.

Este, el banquero Zagrafopulo, al no prever nada bueno para sí de la creciente revolución, se ausentó para el extranjero, apenas ocurridos los acontecimientos de julio. Distribuyó las habitaciones del departamento entre unos amigos, exigiéndoles por toda paga, la buena conservación de los muebles.

Así, anticipándose a la municipalización de las viviendas, surgió en el mundo esta precursora de las casas socializadas. Y fue ahí donde nacieron, la desconfianza, la perfidia y la calumnia, todo aquel complejo espiritual que el futuro historiador denominará: "sentimiento vecinal".

La pieza más grande fue ocupada por el señor Jaritón, farmacéutico de profesión e inventor de innumerables productos de tocador destinados a devolver al cutis su brillo y frescura. Como otros tantos inventores, Jaritón fue seducido por la idea de un invento universal, o sea el de un elixir infalible contra las hemorroides y la caspa, como igualmente útil para exterminar las chinches y pegar la porcelana.

Los hábitos delicados de su profesión, influyeron paulatinamente en el propio carácter del farmacéutico, creando en él el deseo enfermizo de halagar a todo el mundo. Aseguraba a tremadamente hermosas y que todas las mujeres que eran expensas resistía de enamorarse de ellas.

Aseguraba a todos los hombres que eran inteligentes y agradables, atribuyendo, por modestia, estas opiniones no a sí mismo, sino a conocidos escritores, artistas y estadistas. Resultaba así, que todas aquellas celebridades que uno conoce sólo por publicaciones, lo conocen a uno perfectamente, y siguen todos sus pasos con secreta benevolencia.

Una mala interpretación de esta delicadeza, influyó en el ánimo de Jaritón desastrosamente, obligándole en ocasiones a ocultarse en su habitación durante semanas enteras, e impidiéndole así realizar algunos proyectos, como ser: conseguir en un banco, bajo interés insignificante, una fuerte suma de dinero; montar una obra rechazada por todos los teatros y otras cosas por el estilo. Siendo de notar que todos estos propósitos suyos, respondían únicamente al deseo de ser agradable a sus relaciones. A sus espaldas, todos le tildaban de idiota, mentiroso y meterete.

El temor a lo desagradable obligó a Jaritón a no salir a la calle aquel día. El sabía, como los demás, de que aquel día, el siete de noviembre, se desarrollaría en la calle la guerra civil, si bien poco entendía él de todo aquel berengenal del año 17.

Y es que una resolución reafectada, sin nota del autor y sin frabados en que estuviesen representados el héroe y el villano, le horrorizaba por su incomprendibilidad. Jaritón era contrario a los bolcheviques, porque éstos eran contrarios al gobierno establecido.

El segundo ocupante del departamento era Lileico, al cual llamaban "Max-Práctico" o "El comerciante", como se titulaba él mismo. Era joven, desaliado y muy cabelludo. El pelo crecía en su fértil cuero ca-



bellido en extrema abundancia, casi ruidosamente.

"Max-Práctico" era persona práctica en realidad. Se cuidaba mucho de no perder ningún objeto. Así, por ejemplo, llevaba su corbata sujeta por una cadenita.

Se expresaba lacónicamente, pero sin réplica posible. Su exclamación favorita era, "Apoplex", que suponía la extrema estupidez de los demás.

Cuando Lileico supo que los bolcheviques se preparaban a tomar el poder el día 7 de noviembre, dijo: ¡Apoplex! y resolvió, asimismo pasar el día en casa.

Su método de ganar dinero era absolutamente inexplicable para los demás, casi misterioso, pues él no trataba con objetos, sino con algo impalpable, como ser: la declinación del curso del rublo, la diferencia en los precios de las mercaderías, o la cotización de los empréstitos. Y con todo, había que reconocer que aquella atmósfera impalpable que envolvía a Max, era algo real, concreto, como lo es el aire que rodea al prestidigitador, que contiene huevos, papeles de seda y patos vivos.

La tercera vecina despertó general condolencia al anunciar su propósito de salir a la calle aquel día. Era ésta una vieja francesa, Ivonne Alfredovna, que vivía de la pensión que le pasaba el Ministerio de Instrucción Pública.



Ivonne odiaba igualmente a los bolcheviques y temía los combates callejeros, pero no quería privar de su paseo cotidiano a su viejo bull-dog Bonifacio.

Odiaba a los bolcheviques, porque, a su juicio, ellos echaban a perder a su Rusia, su querida Rusia, la de los liceos, de la manteca barata, y de las lecciones veraniegas en los chalets de los estancieros.

Si bien en sus conversaciones Ivonne Alfredovna siempre injuriaba a Rusia y exaltaba a Francia, era sólo por aquella costumbre inveterada en las gentes, de alabar a los suyos, ocultando sus defectos, como ser la inclinación al desroche, defecto de su sobrina bizca, o las costumbres libertinas de todos los hombres de la línea menor de la familia.

El cuarto ocupante del departamento, se llamaba Sazonoff. Era oficial del ejército activo, pasado a la reserva por invalidez, con el título de coronel. Había regresado del frente con ataques de epilepsia y balanceos de cabeza. Al serle presentada una persona, Sazonoff, inmediatamente trataba de descubrir en ella algún defecto que le diese motivo para odiarla.

Odiaba a Lileico porque era especulador; a Ivonne Alfredovna porque era francesa; a Jaritón porque sospechaba en él a un judío y al quinto vecino, al actor Arbenin, porque no fué a la guerra.

Pero, por sobre todo, el coronel odiaba a los bolcheviques, y para no importunarse con su proximidad, resolvió permanecer en casa.

Arbenin odiaba también a los que le rodeaban, pero a su manera. No hacía distinciones personales: la vejez de Ivonne Alfredovna, el servilismo de Jaritón, las heridas de Sazonoff y la rigidez de Lileico valían lo mismo para él, es decir: nada valían.

Miraba a la humanidad entera con igual condescendiente conmiseración, no sin algunas excepciones hacia los espectadores. Estos, parcialmente, se acercaban, en su opinión, a la imagen humana. Así que cada uno de sus vecinos, podía merecer temporalmente el beneficio de Arbenin, comunicándole haber asistido la noche anterior al teatro, siendo que, propiamente, Arbenin no actuaba en las tablas sino que estudiaba una de las más recónditas ramificaciones del teatro de arte, en un pequeño estudio, dirigido por un actor mediocre y fracasado.

A los bolcheviques, Arbenin los obsequió con una doble porción de desprecio, llamándolos "enterradores del arte". Asimismo, él resolvió no abandonar su habitación hasta la terminación de los combates, dedicándose, en cambio, a los ejercicios recomendados en el estudio, tales como: imaginarse ser una legumbre, pepino o coliflor que se encuentra en su propia situación.

Tales fueron las personas que resolvieron, a excepción de Ivonne Alfredovna, no abandonar el departamento hasta tanto los bolcheviques no fuesen batidos.

Mientras, los combates callejeros aumentaban en intensidad. Los ocupantes del departamento sólo podían juzgarlos por los ruidos.

Sin embargo, la abundancia de los mismos, los disparos de fusilería, las explosiones de granadas, la crepitación de las ametralladoras, nada les decían en definitiva, como si los cañones, los Parabellum, los win-

chesters y las Thompson hablaran a estas gentes, encerradas en sus habitaciones, en un idioma extranjero. Había que esperar. Además, ninguno de ellos, aparte de Lileico, pensó en provisionarse y sintiendo los ataques del hambre, se acostaron temprano.

Al día siguiente el hambre asumió proporciones insostenibles, siendo que ni siquiera debía pensarse en salir. Se disparaba bajo las mismas ventanas. Y el hambre se acrecentaba por la ensordecedora culinaria de "Max-Práctico", cuya comida era acompañada de entrecocer de platos, sonar de cacorras, freír de tortillas, chirridos de latas de conservas. De su pieza llegaban sin interrupción ruidos masticantes, deglutantes, digestivos. Ruidos de glotonería, saciedad, embulladura.

Al atardecer, de improviso, llegó Ivonne Alfredovna. Todos se lanzaron a su encuentro. El coronel, el farmacéutico y el actor observaron instintivamente sus manos, esperando ver en ellas algunos alimentos. Momentáneamente, la figura de la vieja, se asoció en ellos con la imagen infantil de la madre que

volvía de la ciudad cargada de golosinas.

Pero en los brazos de Ivonne Alfredovna sólo vieron, inmutables y pestañeando, sus rojizos párpados al bull-dog Bonifacio.

—Se me fugó, explicó la vieja, apenas conseguía atraparla. Resultó que Bonifacio, habiéndose asustado por los ruidos de fusilería, se le escurrió de entre las manos, y se lanzó en desenfrenada carrera.

Mas la agilidad del viejo perro y la de su patrona, fueron más o menos equilibradas, por la cual, la distancia que los separaba se conservaba casi inalterable. Así, persiguiendo al perro, la anciana atravesó el fuego infernal de los combates de noviembre, pasando por los puntos culminantes de la batalla. Los guardias rojos la condujeron a través de las barricadas. Los Junkers la sacaron de un edificio en llamas. Por fin, el niño joven alto, de chambergo, y aspecto romántico, tomó a Bonifacio y con la galantería propia de un extranjero, se lo entregó y sin guardar a sus palabras de gratitud, tomó el fusil y subió a un camión cargado de marineros. ¿No habría si-

do el propio John Reed? —Tengo hambre, concluyó su relato Ivonne Alfredovna; Bonifacio tiene hambre también.

—Pero, ¿quién viene? ¿Quién? ¿Los bolcheviques o nosotros? —exclamó "Max-Práctico".

—Los bolcheviques han rodeado el palacio, repuso Ivonne en tono lastimero; lo están derribando a cañonazos.

—¡Apoplex! dijo "Max-Práctico", evidentemente mal humorado y se retiró a su cuarto dando un portazo.

Los demás no se movieron. Estas personas, que se desconocieron mutuamente durante tanto tiempo, de pronto se sintieron atraídos por un sentimiento común de simpatía y solidaridad. Fué aquello que aquel punto misterioso del infinito, lugar de unión de dos paralelas del que se nos habló solemnemente en el colegio.

Jaritón, seguido por las insistentes miradas de los demás, se acercó a la puerta de "Max-Práctico", cerrando la puerta con violencia.

Entonces, los cuatro, haciendo causa común, se acercaron a la puerta y uno tras otro se introdujeron en la habitación.

En sus ojos ardía la resolución de saquear a Lileico. Sazonoff se dirigió a la mesa, alejando de allí a "Max-Práctico". El astómago vacío del coronel exigía poderosamente el establecimiento de la justicia social. Partió un salame en varias partes, entregando un trozo a cada uno.

Ivonne Alfredovna se posesionó de una botella de leche; a su mente, purificada por el hambre, la propiedad, repentinamente se reveló un robo. Tomó la mitad del contenido y el resto lo vertió en la garganta de Bonifacio.

Arbenin atacó las conservas. En un instante desapareció en él toda la obra de la educación burguesa. Furiosamente introducía en su boca anchoas, dulces, tocino, tomate.

El suave farmacéutico se metió bajo la cama, extrayendo de ahí cajas de galletas, ristra de salsichas, terrones de azúcar, matambre. Sintió sed de especialización, comunicación de los alimentos, anulación de las deudas.

"Max-Práctico" lo contemplaba todo en silencio; de pronto gritó desahogadoamente:

—¡Ladrones, abusadores! ¡Me van a arruinar!

Durante cinco minutos, no se oyó en el cuarto otro ruido que el sonar de mandibulas y de la calle al cañoneo.

Mas con cada trago, con cada trozo de esturión, de pescado escabeche o de embutidos ingeridos, volvían en el ánimo de los vecinos los sentimientos que hacía un rato habían sido expulsados por el hambre; el respeto a la propiedad, el temor al castigo, la estimación de la riqueza, la complacencia. Los antiguos reflejos espirituales, paso a paso se iban ubicando en su lugar.

Aun se veían salames enteros, tarros con compota, empañadas, pero nadie los tocaba, porque se sentían hartos. La sublevación terminó.

Al mismo tiempo, en la calle se oyeron canciones. Sazonoff abrió la ventana.

Ciudadanos, se oyó la voz de un joven, el proletariado venció. Los soviets se posesionaron del poder!

—¡Ladrones! profirió el coronel, amenazando con el puño la oscuridad de la noche; ¡Andados! ¡Ya les castigaremos!

El farmacéutico, el comerciante, el actor y la vieja, repitieron: ¡Ladrones, bandidos!



